

como en las épocas en que desplegaba más ardimiento y juventud, una multitud de oficiales, que todas las noches le daban cuentas antes de acostarse de lo que habían visto, no haciéndoles leer su correspondencia, sino leyéndola él mismo y pidiendo cuenta á los agentes morosos de la más mínima de sus órdenes no cumplida, para reconvenirles, si la omisión era suya, ó para remover el obstáculo si nacía de la naturaleza de las cosas.

Nunca se le había visto más joven, más activo, más paciente, menos emperador en suma y más general ó ministro. Para estas circunstancias restableció un uso que le fué muy provechoso en otro tiempo, y consistió en colocar en Maguncia al anciano Kéllermann, duque de Valmy, con una autoridad superior sobre todas las divisiones militares de las orillas del Rhin desde Wesel hasta Estrasburgo. Teniendo todavía el mariscal Kéllermann, aunque de edad bastante avanzada, mucha actividad y gran costumbre en la organización de tropas, disponiendo además de inmensos almacenes y de créditos de que daba cuenta al emperador todos los días, inspeccionaba los destacamentos enviados desde su depósito respectivo á los puntos de reunión ya designados, casi todos los cuales pasaban por Maguncia, se aseguraba por sus propios ojos de si les faltaban oficiales, calzado, vestuario ó armamento, al punto lo suplía todo, y si no le era posible, se lo comunicaba al emperador, quien se encargaba de proveer á todas las necesidades. A costa de tan incansables esfuerzos lograba Napoleón realizar estas creaciones repentinas, insuficientes sin duda, por grandes que fuesen, para reparar las consecuencias de una política inmoderada, pero bastantes para asombrar al mundo, para añadir una nueva gloria á la que ya nos condecoraba, y para obligar á Europa á derramar toda su sangre por vencernos. Áridos pueden parecer de seguro estos pormenores, si bien sólo á aquellos que no saben ó no tienen gusto de aprender cómo se consuman las cosas grandes.

No había suficiente con reunir de prisa estas fuerzas, se necesitaba pagarlas. Mientras Napoleón trabajaba en la recomposición de su ejército día y noche, no se ocupaba menos asidua y activamente en poner la hacienda del imperio en disposición de cubrir los gastos de tales armamentos, lo cual no era fácil á continuación del descrédito rentístico emanado de estar el descrédito político en sus principios.

Ya en otro lugar expusimos cómo los presupuestos del imperio, limitados durante muchos años á la suma de setecientos ochenta millones de francos (novecientos con los gastos de recaudación), fueron elevados de pronto á doscientos millones más el año de 1811, esto es, á un total de mil y cien millones. A dos causas atribuimos este súbito aumento: primera á la agregación de Roma, de Iliria, de Holanda y de los departamentos anseáticos á Francia; segunda á los armamentos contra Rusia. Naturalmente las agregaciones de territorios hicieron subir los gastos, si bien mucho más los ingresos, pues proporcionaron á los presupuestos un aumento de productos de noventa millones, al par que las cargas no crecieron tanto ni con mucho. Sólo ocasionaron aumentos de gastos los armamentos contra Rusia.

A éstos proveyóse con los productos ordinarios y extraordinarios de las aduanas. Mucho habían subido los productos ordinarios á consecuencia del modo de enten-

der el bloqueo continental, que consistía en cerrar los ojos, según se ha visto, respecto del origen de los géneros coloniales, haciendo que de su valor pagaran un cincuenta por ciento. A ciento cincuenta millones se elevaron los productos extraordinarios resultantes de las presas hechas en Bélgica, en los departamentos anseáticos y en Holanda.

De este modo se pudo hacer frente á las necesidades de 1810, 1811 y 1812. Sin embargo, algún déficit había que era menester cubrir con urgencia. A cuarenta y seis millones ascendía el correspondiente al presupuesto de 1811, fijado con los gastos de recaudación en mil doscientos millones al principio, consistiendo en que la carestía costó veinte millones al Tesoro, y en que tuvo no escasa disminución el producto de las maderas. Calculado el presupuesto de 1812 en mil ciento y cincuenta millones, daba también por resultado un déficit de treinta y siete millones y medio. De consiguiente había que buscar ochenta y tres millones para cubrir estos dos presupuestos, si bien afortunadamente no toda esta suma exigía un pago inmediato, á causa de no estar liquidados los gastos del todo. Tocante al presupuesto de 1813, haciéndose la guerra casi junto á nuestras fronteras ó en países aliados, á los cuales había que guardar contemplaciones, no quedaba otro arbitrio que mantener las tropas á expensas de Francia. Se calculaba, pues, que el presupuesto no ascendería á menos de mil doscientos y sesenta millones, y que el déficit sería por tanto de ciento cuarenta y nueve millones el año de 1813. Agregándole al de 1811 y al de 1812, se llegaba á la suma total de doscientos treinta y dos millones que faltaban al Tesoro, y que no se sabía cómo proporcionarse, pues jamás se había pensado en recurrir al crédito desde la antigua bancarrota.

Ya hemos dicho que el déficit de 1811 y de 1812 no se hacía sentir mucho, por no estar aún liquidadas las cuentas del todo; pero siendo inmensos los gastos para principios del año de 1813 y ascendiendo á mucho más que los ingresos recaudados, se resentía de extremado el apuro. Mr. Mollién, ministro del Tesoro, talento ingenioso aunque circunspecto, temeroso con fundamento de que su consideración personal padeciera si recurría á medios irregulares, se hallaba muy desconcertado, y con sus escrúpulos figuraba ante Napoleón como una de las dificultades del momento. Al límite de las facilidades que podía ofrecer había llegado la caja de servicio, cuya creación honraba la administración de monsieur Mollién y fué de gran socorro. Sin duda se hace memoria de que antes del establecimiento de esta caja, siempre que había necesidades apremiantes, enviaba el Tesoro á descontar las obligaciones de los recaudadores generales, y casi por lo común á estos mismos, quienes las descontaban con los fondos del Tesoro ya entrados en sus manos. Como desde la creación de esta caja de servicio debían ingresar al punto en ella los fondos de los recaudadores generales, y ya no eran descontadas sus obligaciones, había desaparecido esta especie de agiotage. En su lugar se hallaba la caja de servicio, continuamente alimentada por el derrame de fondos de los recaudadores generales, y emitiendo para sus necesidades cotidianas billetes que ganaban interés y estaban muy acreditados en el comercio. Tales eran los bonos del Tesoro de entonces.

Esta caja había suministrado hasta ciento doce millones de recursos corrientes á principios de 1813, y no le era posible llevar más allá los medios de crédito de que disponía. No poseyendo Mr. Mollién el secreto de Napoleón más que los otros ministros, creyendo con el público en la inmensidad del Tesoro acumulado en las Tullerías, quisiera que Napoleón derramara sin demora ciento ó doscientos millones en las arcas del Erario, y, en su profundo sentimiento, le acusaba á menudo de una avaricia extraña, y aun casi de cierta especie de codicia. Pero en esto, como en la guerra, se mostraba Napoleón admirable por la perspicacia, el orden, la destreza, y para corregir su política por medio de su administración, operaba milagros. Justo es también añadir que era admirable por el desinterés, y que no tenía otra codicia que la de la ambición.

Véase el secreto del Tesoro acumulado en las Tullerías, y que Napoleón hacía muy bien en no revelar ni aun á sus ministros, una vez admitido aquel sistema de gobierno. Consistía en los residuos del Tesoro extraordinario y en las economías de la lista civil.

Muy mermados se hallaban los residuos del Tesoro extraordinario por consecuencia de las donaciones prodigadas á los militares que habían servido gloriosamente, y también de los socorros suministrados al presupuesto de la guerra. Con efecto, no se debe echar en olvido que para equilibrar los gastos y los ingresos del Estado había cargado Napoleón muchas veces al Tesoro extraordinario una porción de los dispendios que la guerra traía consigo. Así el Tesoro extraordinario, cuyo importe había variado desde trescientos veinte hasta trescientos cuarenta millones, sólo era á la sazón de trescientos veinticinco, bien que no en valores líquidos. De esta suma se contaban ochenta y cuatro millones prestados de antiguo al departamento de hacienda, nueve ó diez empleados en acciones del Banco compradas por Napoleón de vez en cuando á fin de mantener su curso, otros quince millones en diferentes valores del Tesoro que, para sostenerlos, tomaba Napoleón igualmente bajo su mano, como los bonos de la caja de amortización por ejemplo. Además se contaban doce millones prestados á las ciudades de París y Burdeos y á muchos comerciantes, siete millones subscritos secretamente en el empréstito de Sajonia, cuatro millones empleados en azogue dejados en las minas de Idria, y finalmente, ciento treinta y cinco millones debidos por Prusia, Austria, Westfalia, Sajonia y Baviera. Esta última suma era de recuperación imposible, porque Prusia no sólo pretendía no deber nada, sino que se presentaba como acreedora. Tanto el matrimonio imperial como las circunstancias eximían de estas obligaciones á Austria, y lejos de poder suministrar dinero los demás Estados alemanes, tenían necesidad de que se les prestara. En totalidad eran doscientos sesenta y siete los millones empleados ó debidos al Tesoro y no realizables ahora, pero ganaban interés y su producto constituía la renta anual del dominio extraordinario. Esta renta ascendía á trece ó catorce millones, con los cuales Napoleón hacía larguezas, limosnas, y hermo seabá á veces la capital de su imperio. No quedaban, pues, más que cincuenta y ocho ó sesenta millones disponibles, suma de consideración escasa, bien que, empleada oportunamente, podía ser de gran socorro.

Tras del tesoro éste venía el de la lista civil, fortuna particular de Napoleón, acumulada á fuerza de prodigios de economía. Napoleón disfrutaba cuarenta millones de lista civil poco más ó menos, veinticinco de ellos por Francia, cuatro por el producto de los bosques de la corona, cerca de once por las listas civiles de Roma, del Piamonte, de Holanda, de Lombardía, de Toscana. Pero tenía que sostener los palacios de Francia, del Haya, de Amsterdam, de Turín, de Milán, de Florencia, de Roma, y hacíalo con una magnificencia digna de su grandeza. A veces compró hasta seis millones de diamantes antiguos ó modernos en un año para reponer el Tesoro de la corona en pedrería. Una casa militar mantenía de brillo excesivo. Consecuente consigo propio, gastaba en favor de las letras, de las artes, de las ciencias; á menudo añadía actos de beneficencia de la delicadeza más noble, y llevaba tanto orden en sus cuentas, que todo estaba allí apuntado con el esmero más escrupuloso, hasta el punto de que, por ejemplo, la primera partida de ingresos que figuraba en sus libros, después de los veinticuatro millones de la lista civil francesa, era la siguiente: *Honorarios de S. M. Imperial y Real como miembro del Instituto, 1.200 francos* (1).

Durante largo tiempo no tuvo Napoleón de lista civil más que veintinueve millones, y sólo hacía tres ó cuatro años que disfrutaba los cuarenta. Desde su elevación al trono había economizado ciento treinta y cinco millones, de los cuales empleó algunas porciones en buenos valores del Tesoro ó de la industria para sostener su curso, como los bonos del Monte de Napoleón en Milán, la caja de Amortización en París, los canales de Loing y del Mediodía, etc. Pero de este tesoro había guardado cerca de cien millones en metálico dentro de los sótanos de las Tullerías, pensando que en circunstancias arduas ningún recurso equivalía al del dinero contante. Le quedaban, pues, cerca de sesenta millones del dominio extraordinario, y ciento de los ciento cincuenta y cinco millones economizados de la lista civil, sumando cerca de ciento sesenta millones en oro y plata, ya en las Tullerías, ya en las arcas del dominio extraordinario.

Tales eran los valores metálicos que hacían decir á unos que tenía trescientos, á otros cuatrocientos y hasta seiscientos millones en metales preciosos dentro de un subterráneo de su palacio. No explicándose Napoleón á las claras, no imponiendo jamás á un cajero en el secreto de otro, resumiendo por sí solo en su vasta cabeza el estado de su ejército y de su hacienda, dejaba que cada cual creyera lo que le agradara, y á veces decía cuanto bastaba para acreditar el susurro de un tesoro prodigioso. Después de su ejército, éste era su principal recurso. Uno solo valiera más, la prudencia política: excepto ésta, poseía todos los otros. ¡Por desgracia ninguno podía reemplazarla!

Si rindiéndose Napoleón á las instancias de su ministro, derramara estos ciento sesenta millones en las arcas del erario al primer apuro, y aun al segundo, viéralos desaparecer en seguida, y se hallara sin dinero de pronto, como un general sin tropas sobre el campo de batalla. Por tanto estaba cuerdamente resuelto á no despre-

(1) Damos estos pormenores con las cuentas de Napoleón á la vista. (N. del A.)

derse de esta suma, á no mediar una necesidad imperiosa, reservándose parte de ella para sostener los valores que el ministro de Hacienda se viera obligado á crear tarde ó temprano, y queriendo ahorrar una porción considerable para los casos urgentes. Al propio tiempo se guardaba muy bien de justificar su resistencia declarando el extremo á que se habían reducido sus recursos extraordinarios; conservaba así su secreto para sí solo, aguantaba las insinuaciones de Mr. Mollién harlo acres á veces, y dejaba que hablasen este ministro y otros, no entregándose á su natural impaciencia más que cuando iba bien todo, haciéndose por el contrario, cuando todo iba mal, dulce y tranquilo, para no añadir los defectos de su carácter á los trabajos que pesaban sobre sus servidores. De este modo, sin que se explicara, desvelábase por tener los doscientos treinta millones que faltaban para los presupuestos de 1811 y de 1812, y por cubrir del todo el de 1813.

A ningún precio quería Napoleón subir los tributos, por más que un aumento de las contribuciones directas, muy fácil de soportar, bastara para producir los ciento cincuenta millones de más que en el año de 1813 hacían falta. Bajo el aspecto rentístico salieron bien las contribuciones indirectas por él restablecidas, bien que bajo el aspecto político no lograron mejor éxito que de costumbre. Pero las contribuciones indirectas no se aumentan como se quiere, y subiendo su tarifa, no siempre se está seguro de aumentar sus rendimientos. Después de aliviar á la propiedad territorial bajo su reinado, le repugnaba gravarla nuevamente. Se complacía en decir que en medio de las mayores guerras la condición material de Francia no había cambiado; que sólo el ejército se resentía de tales guerras, y que para éste combatir era su papel ordinario y apetecido de continuo, pues así ganaba gloria, honores, grados y riquezas. Estas eran apreciaciones como las que se suelen hacer cuando se habla sin que nadie contradiga. Aquel ejército, á quien Napoleón suponía tan satisfecho, comenzaba á quejarse mucho, y todos los militares vueltos de las orillas del Niemen usaban de tal lenguaje, que había que vigilarlos y que separarlos de los nuevos soldados para evitar que cundiera el contagio del descontento. Además, el ejército no se formaba sino sacándolo del seno de la población, imponiendo al país esta famosa contribución de sangre, reputada entonces la más cruel de todas.

Verdad es que ya bajo las banderas se hacían militares de muy buen humor los hijos de Francia; pero los padres no abrazaban tan cómodamente su partido, y poco á poco se fomentaba en su corazón un odio espantoso, cuya explosión debía ser tremenda. Se forjaba, pues, Napoleón simples ilusiones al creer que, no aumentándose los tributos en dinero, no debía ejercer la guerra ninguna influencia importuna sobre el espíritu de las poblaciones; pero al cabo le agradaba persuadirse de este modo, y por tanto se negaba á todo aumento de tributos. Por el contrario, Mr. de Mollién, deseando tener llenas sus arcas, y llenas por medios regulares, prefería lo más seguro y más pronto, y anhelaba aumentar las contribuciones públicas de consiguiente. No pudiéndose hablar á Napoleón de semejante cosa, había que echar mano de otro recurso.

A la sazón era imposible ó al menos difícilísima una emisión de rentas, que acaso saliera á medida del deseo

si antes se intentara acostumbrar al público á esta clase de operaciones; y efectivamente, fuera singular que, no habiendo ensayado el crédito en 1807 ni en 1808, se comenzara á usarlo en 1813. Agotados estaban los productos de las aduanas, que, juntamente con los anticipos del tesoro extraordinario, proporcionaron recursos para cubrir el déficit de los años anteriores, y especialmente los gastos del grande ejército de 1812, y ya no había inmensas presas que coger como en 1810 y en 1811. Sin embargo, se habían aumentado mucho los productos ordinarios de las aduanas, subiendo de treinta á ochenta millones, merced á la famosa tarifa del cincuenta por ciento, que vino á ser principal instrumento del bloqueo continental. No pudiendo ya esperar la paz de los apuros mercantiles de Inglaterra, no teniendo que prometérsela más que de las batallas que se iban á dar en Alemania, y queriendo, por otra parte, restituir alguna actividad comercial á las ciudades de Burdeos, Nantes, el Havre y Marsella, había concedido Napoleón tal cantidad de *licencias* para este año, que casi se podía considerar como restablecido el comercio con Inglaterra, y cabía calcular en cien millones el producto ordinario de las aduanas. De esta suerte se habían trocado los papeles, y así como dos años antes torturaba Napoleón á la Europa á fin de estorbar las relaciones con Inglaterra, ahora, echando Inglaterra de ver las ventajas que proporcionaban á su enemigo las comunicaciones por licencias, se esforzaba en hacerlas imposibles. No queriendo aumentar las contribuciones directas ni las indirectas, no estando el crédito en uso, no produciendo ya las presas mercantiles casi nada, quedaba el antiguo medio de las enajenaciones de bienes nacionales, empleado con harta perjuicio por nuestras primeras asambleas revolucionarias, y por Napoleón con bastante provecho, á causa de recurrir al conducto de la caja de amortización y de ponerlo en juego muy despacio. Pero este mismo arbitrio no podía dar de sí más que productos demasadamente cortos. A las familias emigradas había restituído Napoleón una cantidad bastante notable de sus bienes. Respecto de los no enajenados, no quería cargar con la odiosidad de sacarlos á la venta, pues esto equivaliera á proseguir las confiscaciones, á las cuales tuvo el honor de poner término su gobierno. Así las únicas enajenaciones que Napoleón se permitió sin escrúpulo alguno fueron las de los dominios de la Iglesia. Éstas no le repugnaban, ni al público tampoco, pues respecto de ellas había que alegar la razón formalísima de la abolición de las manos muertas. Los inmensos beneficios resultantes de dar valor á los bienes eclesiásticos facilitaban una respuesta cotidiana y viva á las contradicciones de que aún podía ser objeto esta clase de enajenaciones. Pero de tales tierras casi nada quedaba tampoco. Materia habían suministrado para algunas ventas realizadas por la caja de amortización con ventaja los países religiosos agregados al imperio, como las provincias del Rhin, ciertas porciones de Italia, y sobre todo los Estados Pontificios; pero se había llegado al cabo de todo, excepto en el territorio últimamente citado, y allí hubo que suspender las enajenaciones por causas que daremos á conocer muy pronto. Algunos años antes Napoleón había tomado la dotación de la universidad y del senado, constituidas una y otra en propiedades territoriales, reemplazándolas con una

renta sobre el gran libro, y vendido las propiedades de igual procedencia por conducto de la caja de amortización, según costumbre.

¿Por ventura quedaba alguna operación que ejecutar de esta clase, había algunos bienes que tomar de manos muertas, indemnizando á los propietarios con rentas sobre el gran libro? Tal era la cuestión, y conducía en derecho á hallar el recurso tan deseado.

Con efecto, quedaba un propietario de los de manos muertas á quien despojar todavía y á quien indemnizar con rentas, y lo constituían las municipalidades. En todos los departamentos, y particularmente en algunos poseían las municipalidades bienes de importancia y mal administrados. Si se necesitara echar indistintamente mano de todos estos bienes, fuera cosa, no sólo inicua, sino impracticable y por extremo peligrosa, como ocasionada á sediciones. Pero no se podía distinguir entre las propiedades comunales, y tal era el propósito fijo. Entre el número de estas propiedades se contaban los edificios destinados á los usos comunales, por ejemplo, los consistorios, las escuelas, los hospitales, los templos, las plazas públicas, los paseos, y ni siquiera se podía pensar en apoderarse de ninguna de estas cosas. Tal excepción se hacía de suyo, y casi estaba de más enunciarla. Otros bienes había cuya excepción, menos indicada, era aún más precisa, y como tales figuraban aquellos que, disfrutados en común, constituían uno de los principales recursos del pueblo de los campos, como por ejemplo, los prados donde los vecinos envían á pastar sus ganados, los montes donde hacen leña, los sitios cenagosos de los cuales consumen ó venden la turba. Arrebatarse estos bienes en el momento en que las cosas empezaban á impulsarse á la desesperación á las gentes de los campos, equivaliera á exponerse á una nueva Vendée en ciertas provincias. Respecto de éstos la excepción era todavía más inevitable, porque la desposesión no sólo se resintiera de bárbara, sino de imprudente en el más alto grado.

Aún quedaba otra clase de bienes, única que podía ser objeto de una medida rentística; aludimos á aquellos arrendados por las municipalidades, no representando para ellas más que una renta en dinero cuyos productos aplicaban á sus gastos. Como en suma sólo se trataba para las municipalidades de una renta en dinero que les servía para aliviar el peso de sus contribuciones, poco les importaba recibir la renta de un arrendatario ó del Estado, siendo por lo menos igual la exactitud en la paga. Ni aun habían de echar de ver las municipalidades el cambio, y el Estado ganaba en hacerlo, además del recurso actual, de que necesitaba mucho, el valor dado á fincas muy considerables y tan mal administradas como todas las propiedades de manos muertas. Acerca del valor de estos bienes se calculaba que de la venta se podrían sacar trescientos sesenta y ocho millones de francos, al par que no producían anualmente más de ocho á nueve millones á las municipalidades. Suponiendo efectivamente que no se vendieran más que en trescientos setenta millones, cálculo que no parecía exagerado, y tomando el Estado los doscientos treinta y dos millones que le hacían falta, aún debían quedar alrededor de ciento treinta y ocho millones, que según el precio de los fondos públicos por entonces, pues se vendía el cinco por ciento á sesenta y cinco francos,

producirían los nueve millones de renta de que se necesitaba para indemnizar á las municipalidades. De este modo el Estado iba á encontrar el recurso de que tenía tanta urgencia sin que le costara cosa alguna.

Presentada así la providencia, no ofrecía más que ventajas, y no había por qué vacilar en adoptarla; bien que bajo otro aspecto suscitaba obstáculos de gravedad suma. Primeramente atacaba el derecho de propiedad en cierto modo, aun cuando aquí se tratara de propiedades colectivas, sobre las cuales ejerce una acción el Estado, que no le es lícita sobre ninguna otra. Así puede suprimir un convento, una asociación, un ayuntamiento, en cuyo caso es conducido á disponer de sus propiedades, al paso que á un particular no puede suprimirle, y hasta cuando le quita la vida en nombre de las leyes no hace más que abrir su sucesión, sin tener derecho para apoderarse de su hacienda.

Además se irrogaba á las municipalidades un daño pecuniario muy efectivo, aunque remoto, pues si en el momento recibían una renta más cierta y más obvia, se les daba una propiedad, que debía perder cotidianamente de resultas del solo cambio de valores, por otra propiedad, la de la tierra, que al revés aumenta de continuo por la misma causa. A mayor abundamiento se ofendía á las administraciones municipales, que, acostumbradas á tener bajo su mano los dominios comunales, mirábanlos como su propia fortuna. Por otra parte, finalmente, la enajenación, aun ejecutándola con gran prudencia, no podía menos de ser ardua y lenta, pues se necesitaba inventariar estos bienes, tasarlos, transferirlos al Estado, substituirlos con una renta equivalente, venderlos y retirar el importe, lo cual exigía mucho tiempo, y como las urgencias del Tesoro eran perentorias, se hacía forzoso anticiparlo mediante la emisión de un papel sobre el producto de la venta.

Estas objeciones bien presentadas hicieran vacilar á una asamblea de luces, y aun á costa de hacer bajar el cinco por ciento de setenta y cinco francos á sesenta y aun á cincuenta, más valiera en suma una emisión de rentas, capaz de proporcionar recursos menos costosos y más inmediatos que una enajenación repentina y considerable de propiedades territoriales. Pero entonces estas cuestiones eran menos conocidas que lo son ahora. No se sabía como en nuestros días lo que se pierde en perturbar la propiedad, lo que se gana en pagar caros los capitales, con tal de que se obtengan de un modo regular y de que se cubran los servicios públicos exactamente. Con especialidad fué debatida la cuestión entre Mr. de Basano, á quien su complacencia por las ideas de Napoleón hacía entonces admitir al examen sobre casi todos los negocios, y Mr. Mollién, que acaso discutía algo sutilmente verdades incuestionables, se irritaba profundamente contra su antagonista sin atreverse á manifestarlo, y se retiraba con disgusto y sin rendirse. Cotidianamente empezaba de nuevo la lucha. Mr. de Basano juzgaba maravilloso proporcionarse en seguida trescientos setenta millones de francos, de los cuales se aplicarían al servicio público doscientos treinta y dos, guarismo exacto de las necesidades del Tesoro, y ciento treinta y ocho á indemnizar al propietario despojado, sin que costara nada á nadie, ni aun al Estado que iba á recibir tan gruesa suma. Sobre el derecho de propiedad sustentaba Mr. Mollién teorías verdaderas,

pero abstractas y que hacían poco efecto á su adversario; presentaba la extensión dada á los bonos de la caja de amortización como la creación de un verdadero papel moneda, señalaba las dificultades que de éste resultarían en todos los servicios, y señalábalas con pesadumbre, con enojo más bien que con firmeza. Interminable fuera esta lucha entre un espíritu fácil y discreto, aunque poco afectado por las objeciones á causa de no comprenderlas, y un espíritu convencido al par que incapaz de producir el convencimiento, si Napoleón impaciente, descubriendo á las claras lo que había de verdadero y de falso por una parte y otra, pero anhelante de un resultado, no dijera á Mr. Mollién: «Todo eso es muy bueno, comprendo vuestras objeciones y las avaloro, si bien antes de criticar un proyecto conviene sustituirle con algo.» Efectivamente, el argumento tenía mucho de embarazoso: era el grito de la necesidad lanzado por aquél ante cuyos ojos estaban más presentes las urgencias del Estado, que ante las de otro alguno, como que tenía que vestir, que armar y que sostener á un millón de soldados, y su existencia, su pujanza, su gloria, se cifraban en la solución del problema. Si monsieur Mollién fuera espíritu más resuelto, contestara á Napoleón en seguida: «Emitid rentas del cinco por ciento á sesenta francos, y aun á cincuenta si es preciso; pagad intereses de ocho ó diez por ciento, y aun más altos, y esta operación os costará menos cara, os creará menos enemistades, alimentará mejor y más pronto á vuestros soldados, que un papel moneda mal acogido y rehusado en todos los pagos.» Pero Mr. Mollién no osara decirlo, ni aun siquiera acaso pensarlo en aquel tiempo, y Napoleón, estrechado á proporcionarse dinero, no considerando posible una emisión de rentas, queriendo absolutamente tener bienes que enajenar, pues este era el único recurso del momento, cogíalos donde aun los hallaba.

Más tranquilo el archicanciller Cambaceres, estaba no obstante dominado por el sentimiento de la necesidad, y con el mismo fundamento que Napoleón, vino á parar á la adopción del proyecto debatido tan á la larga.

Consiguientemente se convino en apropiarse los bienes de las municipalidades de que se ha dado noticia, esto es, las fincas arrendadas, que se tasarían mediante un procedimiento administrativo sumario, que se sustituirían por una renta cuya anticipación era fácil al Estado, como que iba á crearla, y que serían transferidos á la caja de amortización acto continuo. Esta caja había adquirido la costumbre de las enajenaciones territoriales y las ejecutaba perfectamente, haciéndolas despacio y en cortas porciones. Aguardando á recibir el pago exigido generalmente en plazos largos y sucesivos, emitía papel que ganaba intereses y que entregaba al Estado por precio de los bienes declarados en venta, retirándolo después poco á poco, á medida que vencían los plazos de las enajenaciones, y sosteniéndolo en la circulación de valores, por ser de escasa monta y puntualísimamente reembolsado en capital y en intereses. Este mecanismo se trató de desarrollar en efecto, estableciendo que la caja de amortización sacaría las nuevas fincas á pública subasta, bajo condición para los compradores de satisfacer el importe de las que adquirieran en tres plazos, el primero al contado, el segundo en

1814 y el último en 1815, y además de pagar el interés de las sumas diferidas al tipo de cinco por ciento. Entretanto la caja de amortización debía crear inmediatamente y entregar al Tesoro doscientos treinta y dos millones en bonos, ganando intereses y reembolsables á medida que se realizara el pago de los bienes que iban á sacar á subasta. Al Tesoro incumbía después servirse de estos bonos del modo que estuviera á su alcance, forzando, por ejemplo, ó induciendo á los acreedores del Estado á admitirlos. Aquí empezaba el justo sentimiento de Mr. Mollién, sentimiento que Mr. de Basano no comprendía más que las iras de Europa prontas á desencadenarse sobre nosotros. «¿Pero á quién he de hacer que admita el papel éste?» preguntaba el ministro del Tesoro. «A todos aquellos á quienes debéis fondos, respondía Napoleón. A los proveedores de guerra y de marina, á los acreedores de todas clases debéis cuarenta y seis millones de 1811, treinta y siete de 1812; pagad estas sumas con los bonos de las cajas de amortización, y así los introduciréis en las provincias. Al pronto se manifestará repugnancia, pero viendo que ganan un interés puntualmente satisfecho, que sirven para comprar fincas excelentes y de ningún modo con la tacha de reprobación que los antiguos bienes de los emigrados, se solicitarán á la postre. Se venderán en la plaza, se sostendrá su curso, y vuestro papel acabará por valer casi lo mismo que el dinero. — Si V. M. se encargara de ello, replicaba tímidamente Mr. Mollién, esto es, si se prestara á comprar en seguida los doscientos treinta y dos millones con los vastos recursos acumulados por su genio, todo sería fácil entonces. — Sí, indudablemente, reponía al punto Napoleón, todo sería fácil entonces...» y se guardaba muy bien de decir por qué no lo hacía. A la verdad sólo tenía cuando más las dos terceras partes de esta suma en sus dos tesoros, y con fundamento no quería desprenderse de todo su dinero contante. Pero prometía á Mr. Mollién sostener el curso de estos nuevos valores, tomando por su cuenta una cantidad considerable de los bonos que iba á emitir la caja.

Con efecto, resolvió tomar sucesivamente sesenta ó setenta millones, empleo excelente, pues ganaba un interés seguro y también de seguro vencimiento, aunque disminuía notablemente los ciento sesenta millones constantes de que estaba provisto. Sin embargo, en el estado de apuro en que se hallaba no había que andar en vacilaciones, y lisonjeóse de que haciendo comprar una porción de este papel en el momento en que fuera emitido, sostendría casi á la par su precio. Así se lo ofreció á Mr. Mollién con el fin de animarle algún tanto.

Tales eran los recursos rentísticos con que se presentaba Napoleón á sostener sus últimas y más terribles guerras, recursos rentísticos proporcionados por el residuo de las enajenaciones de bienes raíces de que había echado mano la revolución francesa para resistir á los ataques de Europa. No teniendo ya nobles á quienes proscribir y no queriéndolo tampoco, no teniendo ya iglesias á quienes desposeer de sus fincas, tomaba Napoleón las de los ayuntamientos, últimas propiedades de manos muertas, y las enajenaba mediante una especie de papel de crédito, mucho más sólido y sobre todo mucho mejor reducido que los asignados, si bien trayendo á la memoria el funesto recuerdo del papel mo-

neda y haciéndolo circular entre el público en momento muy poco favorable.

Aun al poner por obra cuanto era humanamente posible para hallarse en situación de repeler á los enemigos que había traído sobre Francia, se le alcanzaba á Napoleón la necesidad de intentar también algo para atraer los ánimos que veía alejarse cada vez más de su gobierno. Sólo una paz muy próxima se los podía volver á ganar del todo; pero por mucho que ésta se deseara, no era posible sino tras enérgicos esfuerzos que nos restituyesen, no nuestra exorbitante dominación sobre Europa, sino el prestigio de la superioridad de nuestras armas, y para alcanzar tal resultado aún había que verter mucha sangre. A falta de la paz, que por muy prudente que se mostrara no podía Napoleón dar de golpe, buscaba una satisfacción moral para los ánimos de los franceses é ideó una que produjera grande efecto, si se otorgara en tiempo oportuno y sin reserva.

Después de la guerra, la causa más eficaz que indisponía á la opinión pública contra Napoleón era la disputa con Roma y el cautiverio del papa. Para los parciales de la dinastía de los Borbones, á quienes los últimos sucesos acababan de restituir esperanzas de muy atrás desvanecidas, había aquí un pretexto, y de los de más empuje, para excitar la animadversión contra un gobierno tiránico, que, según su dicho, oprimía las conciencias. Para las gentes piadosas del país, desinteresadas bajo el aspecto político y vueltas á la religión por los horrorosos infortunios de entonces, había aquí un motivo formal y sincero de censura y hasta de aversión. Generalmente los hombres y las mujeres que manifiestan más inclinación á las prácticas religiosas son almas vivas que experimentan la necesidad de contribuir activamente al triunfo de sus creencias, y figuran como enemigos formidables de un gobierno cuando respecto de la religión ha incurrido en verdaderos errores. La autoridad de sus costumbres, su celo en propalar un agravio, un susurro, una esperanza, les hacen infinitamente peligrosos. Napoleón quisiera desarmar á esta clase respetable, y al mismo tiempo quitar á los realistas el pretexto de los negocios del culto, de que se servían para dañarle y para hacer esperar la paz de la Europa con la paz de la Iglesia.

De consiguiente estaba resuelto á terminar sus diferencias con el papa concediendo lo menos posible, si bien cuanto fuera necesario para llegar á un acomodo. Detenido largo tiempo en Savona, se hallaba en Fontainebleau por aquellos días cautivo, aunque libre en apariencia y rodeado de las mayores atenciones y honras. Temerario Napoleón de que mientras se metía en las profundidades de Rusia se aprovecharan los ingleses de la coyuntura para arrebatar á Pío VII de Savona, había ordenado su traslación á Fontainebleau en el verano de 1812. Se le dieron las habitaciones que había ocupado en la época feliz y brillante de la coronación, época para el pontífice y el emperador ya harto lejana. Se le colmó de homenajes, y enviósele parte de la servidumbre civil y militar de Napoleón á fin de que viviera como soberano. Un destacamento de granaderos de á pie y de cazadores de á caballo de la guardia imperial hacía el servicio cerca de su persona, y se tuvo la atención de dar la investidura de chambelán al oficial de la

gendarmería de preferencia encargado de custodiarle, el capitán Lagorsse, quien á fuerza de talento y de tacto acabó por agradar al papa hasta el extremo de serle indispensable.

Así la vigilancia estaba oculta bajo las contemplaciones más respetuosas. Además de su médico y de su capellán se dejaron al Sumo Pontífice algunos antiguos criados que inspiraban confianza, y de vez en cuando era visitado por los cardenales de Bayane y Maury, por el arzobispo de Tours y por el obispo de Nantes. Estos eminentes personajes, á quienes se había trazado la conducta á que debían atenerse, sin entrar con el papa en pláticas sobre negocios, le hablaban á veces de los males de la Iglesia, y de los medios y de la esperanza de que cesaran por completo, sobre todo cuando la vuelta de Napoleón á París pusiera á dos príncipes que se amaban uno delante de otro, y abocándose directamente se entendieran mejor que haciéndose representar por los más hábiles negociadores. Esta sociedad era la única que se permitía al papa, y también la única de su gusto. Facultado estaba para celebrar misa los domingos en la gran capilla del palacio, y para dar desde allí la bendición á los fieles. Pero tan escaso ruido se había hecho con la traslación del papa, tan fija se hallaba entonces la atención pública en Moscou, y tan desviada de los asuntos religiosos, y tanto se temían las emboscadas de la policía imperial por otra parte, que apenas iban algunos curiosos á Fontainebleau los domingos. De consiguiente vivía el papa en profundo retiro, y cabe decir que fuera dulce á no ser forzado. Aunque se puso á su disposición el parque, jamás salía de sus aposentos, por indolencia ó por cálculo; todos los días daba algunos pasos en la gran galería llamada de Enrique II, después volvía á caer en su inmovilidad, no leía, aun teniendo á su alcance la biblioteca del palacio, y parecía completamente adormecido en su cautiverio.

No se podía imaginar un tratamiento físico y moral más adecuado á vencer su resistencia, sobre todo si, apareciendo Napoleón de repente, llegara á ensayar sobre su persona el doble prestigio de su pujanza y de su conversación atractiva. Al volver vencido de Moscou por la naturaleza, ya que no por los hombres, debía tener menos influencia, pero aun le quedaba suficiente, si obraba con tino, para determinar á Pío VII á un ajuste. Además, disponiendo de todos los conductos, no se había dejado que llegaran á oídos del papa más que los hechos cuya ocultación era imposible, y explicándoselos de la manera menos triste para nuestras armas. Así, aun habiendo sufrido un mal invierno, seguía siendo Napoleón á los ojos de Pío VII el potentado más formidable, potentado contra quien nadie tenía bastante fuerza para arrancar de sus manos la Italia y ceder parte de ella al sucesor de San Pedro.

Al día siguiente de su llegada á París, apresuróse Napoleón á escribir al papa, testificándole la satisfacción de poseerle tan cerca, el deseo de ir á verle y de terminar pronto las diferencias que turbaban la Iglesia. Después á esta carta añadió idas y venidas de M.M. de Bayane, de Barra, Duvoisin, para atraerle á un ajuste mediante concesiones casi inesperadas. Con efecto, los puntos en cuestión no presentaban dificultades de tanto bulto como antes. Ya estaba convenido el método de